

EN "BELLAS ARTES"



EL CONCIERTO DE «LEO DE SILKA»

(8 ENERO 1899)

El concierto Schumann, como el concierto Grieg el año pasado, tuvo un enemigo desde que se inició la idea entre algunos aficionados. Ese enemigo fué Leo de Silka, no porque deje de rendir idolátrico culto á esos dos grandes maestros entre los maestros, sino por temor á que al público no le gustasen un concierto todo Grieg y un concierto todo Schumann.

Este es aun menos conocido que aquél. Leo de Silka temía con razón que el concierto se hiciese pesado, que determinadas obras no *entrasen.....*

Y nos sucedió lo que á aquel glotón que oyó hablar mucho y muy mal de los nidos de golondrina como manjar raro y propio de las mesaricas.

Invitáronle un día á comer en una casa en la que uno de los platos eran los nidos de golondrina. Con gran aprensión se sentó á la mesa y comió con deleite de cuantos platos le sirvieron y recargando la mano en cada uno, porque esperaba que el siguiente fuese el de los aborrecibles nidos. Cuando llegó á los postres supo con asombro que el citado manjar fué de los primeros que comió, y por cierto, con visible deleite.

Esto nos sucedió á los que fuimos anoche á oír al insigne pianista. Cuarenta y una piezas rezaba el programa. Cuando terminaba cada una

de ellas decíamos:—Ahora vendrá lo oscuro, lo enrevesado, lo difícilmente comprensible, lo que no gusta; en fin, los nidos de golondrina. Y llegamos al número final pareciéndonos todos ellos bocado delicioso, manjar exquisito.

Acaso sea que los dedos de Leo de Silka, como los de las hadas de los cuentos de Hoffmann, convierten en oro cuanto palpan. Ello fué que todo el mundo batió palmas con verdadero entusiasmo. Aplausos sinceros, de esos que se diferencian de los de cortesía, como el brillante fino del brillante al carbono.

Y las ovaciones fueron estruendosas, espontáneas, sin distingos, al ejecutante y á la música que interpretaba.

Días pasados decía Pierre Lalo con mucha razón, en las columnas de *Le Temps*, recordando el fracaso de la *Carmen* de Bizet en su estreno, que la frase sacramental de «esto es de lo que hay que oirlo varias veces para apreciarlo» es el gran pretexto inventado por los sectarios para disculpar sus enormes injusticias.

Que el pretexto va acabándose lo prueba el triunfo de Schumann debido, indudablemente, primero á los destellos deslumbradores de su inspiración; segundo á la forma grandiosa y original de su armonización; tercero al amor con que Leo de Silka interpretó su música alarde poderoso de un genio que siente y expresa todas las sensaciones del sentimiento, comunicando su fuego y haciendo sentir como él las siente, las delicadezas del idilio, las tempestades de la pasión, las sonrisas de la inocencia y los gritos de la angustia mortal.

Decir cómo tocó Leo de Silka sería repetir lo de siempre. No hay tampoco frases nuevas para expresarlo; porque el ilustre artista se agiganta más y más en cada audición, y mientras no se agrande el diccionario han de faltar elogios originales con que adjetivar su labor colosal.

Su mecanismo es maravilloso, pero ya le iguala si no le excede en calidad su escuela, su manera de expresar, su manejo del pedal, esa difícil facilidad que es al pianista lo que los colores del claro-oscuro al pintor. Prueba de ello es que uno de los números repetidos, el *Presque trop serieux* de las Escenas Infantiles, no deslumbra por su ejecución, sino por su sencillez; y la sencillez en el piano no seduce porque se toque bien. Seduce si se siente y se expresa como la siente el alma.

La fantasía con que empezó el concierto es hermosísima, y el au-

ditorio gustó especialmente del segundo tiempo (Lentamente) que Leo hizo tercero, porque para fin es de mayor brillantez.

Por cierto que le ocurrió una cosa original. Efecto de ese cambio, recordaba al ir á tocar el moderato el tono con que empieza este tiempo, porque ésta vez, como siempre, tocó Leo de memoria, ¡que es tocar! Me río yo de la retentiva de Menéndez Pelayo aprendiéndose de memoria todo un almanaque con su santoral y todo! Pero, en fin, ello es que á Menéndez Pelayo se le olvidó la letra con que empezaba el nombre del santo del tercer día del calendario.

Dió dos ó tres acordes y como á un conjuro respondió el tono con el cual comenzaba el tiempo, que acabó con una tempestad de aplausos.

La tercera parte fué algo así como una linterna mágica que nos mostró paisajes deliciosos, miniaturas artísticas primorosas con figuras llenas de gracia unas, trágicas otras, deslumbradoras todas por su brillantez.

De éste portfolio encantador fueron aplaudidísimas varias páginas, entre ellas el *Arlequin*, *Eusebius*, *Coquette*, *Chiarina*, *Chopin*, *Valse alemán*, *Paganini* y la marcha final.

Leo de Silka, que ya nos había dado de propina al final de la segunda parte el Oisillón de Grieg, modelo de elegancia y sencillez, nos regaló al final del concierto con un arreglo de la serenata (mandolinata) de Palodille, arreglo hecho por Saint-Saëns, y con esto está dicho lo que será.

Leo de Silka, aclamado con delirio, salió repetidas veces á recibir el tributo de la admiración que una vez más le rindieron sus admiradores, que somos cuantos le oímos y cuantos con un buen apretón de manos le decimos mucho más de lo que puede decir una pluma torpe y amanerada al correr sobre unas cuartillas en las cuales ha de decir lo que, tratándose de hacer justicia á Leo de Silka, es casi de imposible expresión.

ANGEL M.^a CASTELL.

